

El arbolito de Federico

30=



CUENTO DE NAVIDAD

El arbolito de Federico



CUENTO DE NAVIDAD

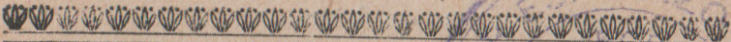


*«... y serán llamados
árboles de justicia,
plantto del Eterno
para gloria suya.»*

Isaías 61, 3.

LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA

Caballero de Gracia, núm. 60.—Madrid.



EL ARBOLITO DE FEDERICO

Era yo no más que un pequeñito abeto, y tuve que luchar fuertemente por la vida en los días de mi infancia, aunque crecía en una hermosa posesión y pertenecía a un rico labrador, que apreciaba y estimaba en mucho sus propiedades.

Cuando el tenue piñón en que me habían escondido bajo de tierra, empezó a hincharse y a germinar, y yo me asomé para ver el mundo y miré en torno mío, halléme rodeado de hermosos y fuertes árboles, puestos en pie y con sus brazos extendidos, y todos demasiado ocupados para que se apercibieran de mí. Eran tan

altos, que no podía ver sus cabezas, ni oír más que un ligero murmullo cuando hablaban entre sí, o cuando alguna vez respondían con cariño al viento que se inclinaba para besarlos. Mas bien pronto conocí que no eran sino abetos como yo, y así me esforcé cuanto pude para estirar mi cuello y crecer, a fin de poder gozar también de las frescas brisas y coger algún rayo del resplandeciente sol, cuando salía para mirar a la bella arboleda. Érame éste un trabajo difícil; apenas podía respirar, porque las grandes ramas de los árboles que se extendían sobre mi cabeza, impedían el paso del aire y me dejaban casi a oscuras, pues por más esfuerzos que hiciera, no podía el sol llegar hasta mí con el más largo de sus cariñosos rayos. También estuve a punto de fallecer de hambre; pues cuando las nubes amigas se vacia-

ban en raudales de agua cristalina sobre nosotros, los árboles se la bebían toda antes de que llegase hasta mí una gota, mientras que por bajo de tierra de tal modo me cercaban y oprimían con sus gruesas raíces, chupándose todo el alimento del suelo, que me desanimé y pensé que podía darlo todo por perdido y morir, puesto que no había lugar para mí en el mundo.

Un día, cuando me sentía muy débil y desgraciado, oí que hablaban cerquita de mí. Escuché con atención, porque era diferente de cuanto había yo oído hasta entonces. Así, me estuve quietecito, y muy pronto se acercaron tanto las voces, que comprendí hablaban de nosotros. Por supuesto, si yo hubiera podido andar, habría sentido que no debía permanecer allí escuchando la conversación; mas no me era posible hacer

otra cosa, porque estaba sujeto por las raíces. Decían que se acercaba la Noche-Buena (por esto sin duda había sentido yo tanto frío aquellos días), y que tenían que cortar algunos abetos, que se necesitaban para Navidad, a fin de colgar en ellos regalitos para los niños; luego cesaron las voces, y los dos hombres que habían estado hablando, empezaron a examinar los árboles y marcar los que habían de llevarse.

Al principio me asusté, no fuera que se fijasen en mí; mas luego pensé que tal vez podría ser un cambio para bien, puesto que donde estaba tenía la seguridad de que moriría pronto; así me enderecé a toda mi altura y me estiré con toda la poca fuerza que me quedaba. No tuve necesidad de haberme incomodado, pues ni una sola vez miraron a mis pobres y delgadas ramas; sólo mar-

caron algunos de los árboles hermosos, altos y bien formados; y pasaron adelante. Después de este contratiempo y de haber sentido herido mi orgullo por vez primera, comencé a reflexionar, y con aquel espíritu lleno de esperanzas, que está pronto siempre a nacer en la juventud (pues aunque oprimido, era yo todavía joven), pensé: "Bien: si algunos de estos árboles grandes y egoístas son cortados, al menos tendré más sitio para moverme, y más aire para respirar, y quién sabe si algún día creceré lo bastante para mirar al sol, y sentir las placenteras brisas que mecen las copas de los pinos, y hasta unir mi voz al suave y murmurante canto". Así, traté de dormirme, lleno de brillantes esperanzas para el porvenir, y ansioso de conocer las maravillas que consigo había de traer el día de mañana.

Al día siguiente empezó la tarea de cortar los árboles, y enmedio de todas mis esperanzas y buena disposición, confieso que me estremecí un poco al oír el ruido del hacha del leñador sobre uno de mis vecinos más próximos; pero el pensamiento de que el leñador, el hacha y mi nada afable vecino desaparecerían pronto, me dió ánimo, y me estuve quieto, escuchando ansiosamente los golpes a medida que caían. Sonó el último hachazo, y el alto abeto empezó a vacilar, cuando de pronto, ¡oh horror! en el momento en que estaba yo tomando un largo respiro de alivio, se cayó sobre mí con todo su peso, y me cogió y me sujetó en sus férreos brazos. Un estremecimiento corrió por todo mi ser, cuando doblé la cabeza bajo su tremenda pesadumbre; pero lo peor no había venido aún.

Despacio y con cuidado el guardabosque levantó el árbol caído, cuando sentí en mis raíces algo extraño que me tiraba y arrastraba; y antes de que pudiera comprender lo que sucedía, me vi arrancado del suelo por sus poderosas ramas, y me hallé colgando enredado en ellas, sin poder valirme: y en esta dolorosa posición, temblando, sin que me viesan ni se apiadasen de mí, fuí llevado con muchos de mis compañeros a la ciudad más cercana, y en cuanto recuerdo, ninguno de nosotros volvió a ver el bosque jamás.

En verdad fué un cambio de mi antigua vida el hallarme expuesto en el concurrido mercado de una pequeña ciudad; y si con frecuencia había deseado ver más del gran mundo que me rodeaba, ahora se cumplía mi deseo. Sin embargo, mi posición no era nada envidiable. Aga-

rrado aún por el fuerte árbol que me había cogido al principio, tiritaba de frío, penetrado por el soplo del viento; pues mis raíces, que nunca habían estado por un momento expuestas a la más ligera corriente, hallábanse colgando mondas y desnudas al aire cortante y glacial.

¡Oh! ¡y cómo echaban de menos aquella tierra caliente, que las habían cubierto siempre, dándoles un dulce abrigo! Y cuando volví los ojos y ví todos los abetos tan frescos y lozanos, a pesar de que habían dejado sus raíces en el bosque, deseé que también a mí me hubieran cortado como a ellos, pues ciertamente no parecía que sufriesen por causa del frío. Pero no había mucho tiempo que perder en lamentaciones o inútiles deseos, pues el mercado se estaba llenando a toda prisa, y nuestro rincón, especialmente, se vió pronto en

extremo concurrido. Y ahora, por vez primera, aprendí yo el verdadero significado de la vida. Siempre había pensado que no tenía nada que hacer sino gozar cuanto pudiera, sacando todas las ventajas que me fuera posible de la tierra, del aire y de la luz; en una palabra, cuidar del número uno: así es que mi única ambición había sido crecer tan alto y hermoso como mis vecinos, para poder gozar de los tibios rayos del sol, de las frescas brisas y de las agradables lluvias en que ellos se deleitaban.

Pero al escuchar las frases de aprobación de los hombres y mujeres que nos rodeaban, y cómo señalaban primero a uno y después a otro de los árboles, diciendo que estarían muy bellos, cuando fuesen engalanados con regalos y alumbrados con velas en Noche Buena, compren-

dí que los abetos no habían estado creciendo sólo para sí mismos, sino para ser de algún uso, y proporcionar algún placer a otros, y desfallecí y doblé mi cabeza para pensar en mi propia inutilidad. Luego se acercó un caballero, y con palabras de admiración y lástima, dijo que era triste pensar cuán pronto se desvanecería la hermosura de los abetos; pues al cabo de algunas horas de esplendor serían despojados de sus adornos, y arojados a un rincón para ser quemados. ¡Cuánto hubiera yo deseado regresar a mi antiguo plantel, y vivir allí contento para siempre! Pero esto era imposible.

Nuestro número iba disminuyendo a toda prisa: uno tras otro eran los árboles comprados y llevados, y yo quedaba, tal vez porque mi aprensador era tan grande y crecido, que pocos podían comprarlo. Al fin, se

acercó un hombre, y pagando una suma respetable por el hermoso árbol, empezó a moverlo para llevárselo, cuando se enteró de que estaba yo allí. ¡Cómo me puse a temblar! Por fin, me había llegado también mi turno. ¿Me despreciaría, o me arrojaría al fuego? Pues no me atrevía a creer que yo sirviese para cosa alguna. Y al oírle exclamar, riéndose, “¡Hola! ¿también éste entra en mi compra?”, me estremecí con tal violencia, que me deslicé de las ramas del gigante, y caí al suelo.

Vióme caer una pobre, que había estado mirando algún tiempo los árboles (según ella me dijo después), y sentía una gran tristeza, porque no podía comprar ni una rama para su querido hijo. Inclinandose con presteza, me recogió tiernamente, diciendo: “¿No querría usted darme este arbolito para mi niño?”

—Tómelo—contestó el hombre—, no se necesitará mucho para adornarlo.

Otra madre estaba allí cerca, y oyó esta pequeña conversación. Volvióse, y vió que brillaba de satisfacción el rostro de aquella pobre mujer, cuando, mirándome, se decía a sí misma: "Dios me ha dado este arbolito; yo haré por comprar algunas luces para él"; y sacando de su cesta algunas velitas, rojas, verdes y azules, y un cucurucho de dulces secos, se los dió a la pobre, diciéndole: "Tome usted algo para su árbol; con lo que me queda tendrá el nuestro bastante."

Había, pues, encontrado un dueño, y creo que fui más querido y estimado que todos los hermosos árboles a quienes tuviera tanta envidia.

Así, dije adiós al bullicioso mercado, y de nuevo me llevaron a un

mundo para mí desconocido; pero esta vez mi corazón estaba lleno de esperanzas, porque en las pocas horas transcurridas desde que dejé mi antigua casa del pinar, había aprendido dos lecciones útiles: primera, que no hemos de vivir con egoísmo para gozar solamente, sino que somos puestos aquí para ayudar y agradar también a otros; y segunda, que aun el más débil y pequeño puede servir para algo. ¡Qué gozo sentía, al pensar en esto! Parecióme que me ponía más lozano y más fuerte con esta idea; y cuando mi ama cariñosa llenó un tiesto viejo y desportillado y me plantó en él, erguíme satisfecho y respirando alegría y buena voluntad.

No sé quién tenía más cuidado de mí, si la pobre viuda o su pequeño Federico. Colgaron los dulces y colocaron las velitas de colores sobre

mis delgadas ramas, que yo presenté tan tiesas y firmes como pude, para resistir el peso; y cuando encendieron las velas, me alegré tanto de ver el gozo de mis dueños, que brillé y resplandecí todo lo que podía para hacerlos dichosos. Cuando transcurrieron los días, y una tras otra iba yo perdiendo las luces y las galas, sorprendiéndome que aún pareciesen estimarme y me cuidasen tan tiernamente como antes. Y cuando todas desaparecieron, y fui sacado al aire libre, y tuve tiempo para reflexionar, acordéme de que los hermosos abetos, que conmigo vinieran del pinar, habían sido cortados, mientras que yo tenía raíces; de modo que lo que antes creía una desgracia, resultaba ahora un bien, pues no tenía duda que ellos habrían sido arrojados y quemados, al paso que yo vivía creciendo y engruesando cada día más.

Y aprendí también otra lección, pues me iba haciendo sabio. Hallé que podía prosperar donde quisiera, con buenas raíces, y aire, y tierra, y luz; pues ahora había visto el sol y me regocijaba en sus brillantes y alegres rayos. Y aunque me habría gustado volver al bosque y estar otra vez entre mis antiguos compañeros, con tal de que participara de sus ventajas, sin embargo, la abundancia de sol y de aire puro me compensaba de lo que había perdido, y crecía y cobraba más vigor, y me hallaba más feliz y contento.

Así pasaron tres años de mi vida, años tranquilos y pacíficos, durante los cuales no recuerdo nada que fuese de alguna importancia. Me familiaricé con las caras de mis dos amigos, pues vendrían al reducido jardín más de veinte veces al día para admirarme, mientras yo procuraba

corresponder a sus constantes y tiernos cuidados.

Pero esto me trae a la memoria un cambio que aconteció durante aquel tiempo, y que me hubiera podido costar la vida, a no ser por su vigilancia y prudente trato. Era a fines del primer verano, y yo había absorbido tanto aire y tanta luz, que ya no cabía en el viejo tiesto, y empecé a sentir ligeros ataques de calambres en las raíces, que me recordaban con pena mis anteriores sufrimientos. Pero Federico y su madre observaron mi decaimiento y mustia apariencia, pues no me era posible ocultar del todo lo que sentía; y una hermosa mañana, cuando me esforzaba en vano por moverme siquiera un poquito, vinieron y aflojaron la tierra que me rodeaba, quitaron el cruel tiesto, y me pusieron en libertad, plantándome en una cama de fresca tierra,

donde tenía libertad para extenderme y crecer todo lo que quisiera. De modo que el final del tercer año me encontró hecho un árbol hermoso, alto y bien formado. Creo que mis antiguos vecinos no me habrían reconocido. Pero mi obra no había terminado todavía y conocí que todas estas cosas buenas no me habían sido dadas para mí sólo.

Se acercaba otra vez Navidad, cuando un día la esposa del Pastor vino a visitar a mis humildes amigos. Los ví a través de la ventana cuando estaban conversando, y al poco tiempo la señora señaló hacia mí y parecía que estaba diciendo algo. Por supuesto, yo no podía oír a través de los cristales, y además, el viento estaba silbando uno de sus tonos más ruidosos; pero me incliné hacia adelante y me puse a observarlos atentamente.

Pronto se abrió la puerta y salieron todos al jardincillo, y parándose cerca de mí, comenzaron a examinarme.

—Siento separarme del árbol—dijo la viuda; y volviéndose a su hijo, añadió:—Federico, es tuyo, ¿quieres que se lo lleven? Podrás comprarte unas botas con el dinero, y por cierto que las necesitas mucho. El pequeño miró a sus gastadas botas, y luego a mí, y con lágrimas en los ojos, lenta y tristemente dió su consentimiento.

Y éste fué el fin de todos los cuidados y caricias: ¡enviarme al mundo otra vez, vendido por un par de botas! Esto era muy humillante, y me sentí ofendido por tal idea. Pero cuando pasó la primera impresión, y pude recoger mis pensamientos, hallé algún consuelo al ver la triste cara de mis amigos; no había duda

que seguían apreciándome tanto como antes. Yo no había sabido que fueran tan pobres: mas ahora, al observar aquellas botas viejas y gastadas, me alegré haberme puesto tan alto y hermoso, que la señora del Pastor deseara tenerme, pues veía en esto una bella oportunidad de ser útil, y recompensar en algo el cariño que me habían dispensado: sacudí, pues, mis tristes pensamientos, y me dejé mecer alegremente por el vienteillo que me acariciaba.

Cuando se fué la visita, salieron de nuevo al jardín Federico y su madre. Parecían apesadumbrados y hablaban con tristeza, mientras cuidadosamente me sacaban de la tierra y me ponían en un tiesto grande (no aquel roto y viejo de otro tiempo). Púseme algo mustio al pensar que debía abandonarlos, cuando nos conocíamos ya tan bien unos y otros;

y creo que hasta el viento sintió tristeza, pues paró sus silbidos, y sólo suspiraba lúgubrementemente de vez en cuando.

A la caída de la tarde, y antes que se pusiera el sol, había dicho adiós a la pequeña cabaña con su limpio y bien cuidado jardincillo, y a mis dos cariñosos amigos, a quienes desde luego supuse que no volvería a ver más.

En la casa del Pastor hallé un grupo de alegres y parleros niños, que me saludaron con gritos de contento al danzar en torno mío admirándome. Luego me cargaron de juguetes y de dulces y de velas, hasta que mis ramas, a pesar de la fuerza que habían adquirido, se doblaban bajo el peso.

No pude menos de pensar en la pequeña casa, y en lo que me echarían de menos, y si el niño habría

adquirido las botas; pero no tuve necesidad de preocuparme largo tiempo.

Era la Noche-Buena. Mis velas estaban encendidas, y yo resplandecía y brillaba de hermosura. El Pastor, su señora y sus niños, estaban reunidos en torno mío; y ¡cuál no fué mi sorpresa al ver entre ellos al hijo de la viuda, con sus botas nuevas y todo, tan dichoso y alegre como los demás! Sentíme satisfecho y orgulloso, y brillé con más esplendor que nunca, al oír que el pequeñuelo les contaba la historia de mi vida, al menos la parte que él conocía; y cuando al fin de la velada, le ví marchar con los brazos llenos de regalos—hermosos dones de Navidad—, llenéme de viva satisfacción por haber servido otra vez de algún provecho en el mundo. Pero esto no fué todo. El niño había también sentido el deseo de hacer dichosos a otros; y

cuando terminó la relación de mi vida, comenzó una historia nueva, y refirió que había pasado por una cabaña más pobre aún que la suya, donde vivía una niña enferma con su anciana abuelita. La niña no podía levantarse de la cama, y él la había oído preguntar con lastimera voz:—Abuelita, ¿no habrá Navidad para mí? Y la anciana había respondido:—Aquí no, hija mía; pero en el cielo será siempre Navidad: pronto vendrá el Señor Jesús, y nos llevará a las dos, con tal que tengamos paciencia. Así, Federico tenía que hacer una petición atrevida:—¿No podría tomar siquiera una rama pequeña, y llevársela a la pobre Rosita, enferma? El cariñoso Pastor consintió al punto con alegría, y extendió mi rama más fuerte, y la cortó para Rosita.

Allá se fué el pequeñuelo cargado

con su rama, apagadas las luces para poder llevarla mejor; y pronto regresó lleno de júbilo, por lo mucho que tenía que contar. Se había deslizado sin hacer ruido por detrás de la anciana, que estaba sorda, y encendido las velas sin que le viesen; y luego, cuando un gran resplandor penetró en el cuartito, y la enfermita se volvió con un grito de alegría: “¡Oh, abuelita! ¡Mira, mira!”; él echó a correr, y las dejó que se gozaran en su inesperada fiesta.

Y ahora, creo que ya he hablado bastante de mí mismo; y así os diré solamente, que después de esta feliz Navidad, fuí llevado al jardín del Pastor, donde vivo todavía, gozando de las brisas y de la luz del sol, y sacando el mejor partido de todo, para disponerme a ayudar y ser de algún provecho, cuando me necesiten otra vez. Aún soy alto y fuerte,

a pesar de que dí una de mis ramas; y en la próxima vez que tenga ocasión, pienso brillar y resplandecer con más esplendor que nunca. Pero antes de terminar, tengo que decir unas palabritas a los niños y niñas, que han leído la historia de mi accidentada vida:

Quizá vosotros habréis pensado, como lo hice yo, que todo lo que tenéis que hacer en el mundo es gozar y cuidar del número uno. Si veis ahora cuán grande equivocación es ésa, no habré dicho mi cuento en vano. El gran Dios, que nos hizo a vosotros y a mí, y nos ha dado a cada uno su lugar, es un Dios que se complace en dar, ayudar y bendecir. Pensad cuánto os está dando cada día y cuánto os ha estado dando por años, ¿y seguiréis egoistas y perezosos, de modo que ninguno sea más bueno, ni más fuerte, ni más feliz,

como consecuencia de vuestra vida? ¿lo tomaréis todo vosotros y no daréis nada?

Mas quizás penséis que sois tan pequeños, o tan débiles, o tan pobres, que no podéis servir para nada. Así pensaba yo en otro tiempo; pero aquella fué una equivocación también, como lo conoceréis muy pronto, si probáis y estáis dispuestos a hacer, aunque sean cosas pequeñas, por el padre o la madre o por los hermanitos. Pero una cosa no debéis olvidar nunca: que mientras sea posible, sintiendo un repentino impulso, hagáis alguna cosa grande que brille por una hora o dos, como los hermosos abetos de Navidad; no es tan fácil continuar un día y otro día, y un año tras otro año, siempre dispuestos, siempre prontos, y siempre alegres. Yo no habría podido hacer esto jamás, si no hubiera tenido *raí-*

ces. ¡Ah! éste era el gran secreto, y lo mismo os acontecerá a vosotros. Si queréis ser útiles y dichosos en todo tiempo, y crecer cada día en lo que es amable, noble y bueno, debéis tener también una raíz, algo secreto y escondido y profundo, de donde venga vuestro crecimiento. Tal vez habéis olvidado esto, y luego os habéis maravillado de que os cansase tan pronto el hacer bien. Habéis hecho como un árbol que procurara crecer sin tener raíz; y ya comprendéis cuán insensato sería esto. Pero unidos por la fe a Cristo el Salvador, morando en Él y dándole morada en vosotros, con el amor de Dios derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo, ya es otra cosa, y todo vendrá entonces fácilmente. ¿Le pediréis que os conceda esta raíz viviente?

Y por lo demás, hallaréis que así

como yo vivía y crecía donde quiera, con una buena raíz, y tierra, y aire, y sol, así también vosotros, con el amor de Dios en vuestros corazones, y sus buenas dádivas en torno vuestro, podréis vivir una vida útil y feliz donde quiera que os encontréis, siendo gozo para vosotros mismos y bendición para los demás. Y ahora, pasadlo bien; podría deciros aún muchas cosas que he aprendido en mi corta vida, pero dejaré que las busquéis vosotros mismos,

Porque los árboles
Tienen su lengua.
Fuentes y ríos
También enseñan,
Y hallaréis libros
Hasta en las piedras:
No hay cosa alguna
Que bien no tenga.



Cántico de Navidad

Nô - exis-te un ár-bol, en ver-dad, que i-gua-le en her-mo-su-ra al
 ár-bol de la Na-vi-dad, La fes-to de la cris-tian-dad, re-
 cuer-do es de ven-tu-ra, re-cuer-do es de ven-tu-ra, ven-tu-ra.

1.

No existe un árbol, en verdad,
 Que iguale en hermosura
 Al árbol de la Navidad.
 La fiesta de la Cristiandad,
 Recuerdo es de ventura,
 Recuerdo es de ventura,
 ventura.

2.

En noche oscura nos nació
 Jesús, la luz del mundo.
 Del Salvador, que Dios nos dió,
 Y que del cielo descendió,
 Cantad su amor profundo,
 Cantad su amor profundo,
 profundo.

3.

Así Jesús nos vino a dar
 Paz, gozo y alegría.
 El quiere, ¡oh niño! en tí morar.
 Procura, pues, su amor gozar;
 Sé fiel y en El confía,
 Sé fiel y en El confía,
 confía.

Librería Nacional y Extranjera

Caballero de Gracia, 60.--Madrid (Central)

EL AMIGO DE LA INFANCIA

PERIÓDICO ILUSTRADO

Esta publicación, destinada con especialidad a la niñez, tiende, por medio de artículos de instructiva y amena lectura, a formar sus corazones en las elevadas y sublimes enseñanzas de Jesucristo, inculcándoles el amor a la verdad y al bien.

Se publica el 1.º de cada mes, y consta de 4 páginas para cada domingo, con preciosos grabados.

	Ptas.
Suscripción anual. { España y Repúblicas Americanas.....	3,00
Todos los demás países del extranjero.	4,50

El Amigo de la Infancia. Colecciones completas de casi todos los años, que por sí solos constituyen ya una verdadera biblioteca infantil.

Sin encuadernar.....	3,00
Holandesa (sólo los tres primeros años, 1874 al 1876)...	3,00
Pasta o tela	4,00
Encuadernación de lujo	5,00

Librería Nacional y Extranjera

Caballero de Gracia, 60.--Madrid (Central)

En esta librería se venden, entre otras, las obras siguientes:

	Ptas.
El arbolito de Federico	0 25
La Navidad de Angelita.	
En rústica.....	0,50
En pasta o tela.....	0,75
La Cruz de Coralito.	
En rústica.....	0,50
Parábolas de la Naturaleza. Cinco diferentes narra- ciones instructivas y amenas.	
1. ^a Una lección de fe.—2. ^a La tierra desconocida.	
3. ^a No perdida, sino transformada.—4. ^a Susurro de placer.	
5. ^a Una lección de esperanza. Cada una de éstas.....	0,30
La Huerfanita	0,25
La Palomita	0,25
Leyendas de la Alsacia: La capa de pieles.—El Doctor de Kaisersberg.—Spitzi.—La vuelta a la patria. Cada una de éstas	0,20
El cuadro de un pintor. Relato histórico en el que inter- vienen un artista, una gitana y un conde.....	0,25
Cancionero de El Porvenir	0,50
Himnario para uso de las Iglesias evangélicas españolas ...	2,00
Salterio Cristiano. Contiene la música de los himnos del anterior y casi todos los de la siguiente colección de Navidad, facilitando con ello la formación de coros a cuatro voces ...	7,50
Textos bíblicos de pared. Grandes, 17 X 24 cm.....	0,75
Pequeños, 8 X 12 cm.....	0,30
Tarjetas-vales para Escuelas Dominicales. Colec- ción de 100 cuadros bíblicos, 50 del Antiguo y 50 del Nuevo Testamento	2,50
El Buen Pastor. Doce textos diferentes ilustrados, para niños	0,75
Cromitos. Textos con flores, pájaros y paisajes, el ciento ..	2,00
Preciosas tarjetas bíblicas. Para felicitar la Navidad y Año Nuevo.....	0'25